

El espejo helado de la Cerdanya

Siete siglos de historia, hielo y vida cotidiana del estanque medieval de Puigcerdà que fue pista de patinaje



El lago de Puigcerdà helado, en febrero de 2023.

Un anciano cruza el puente y se detiene a mirar; un par de niños lanzan pedruscos para comprobar el crujido y una joven fotografía con el móvil la torre roja que se recorta en el hielo.

Bajo el cielo limpio de la Cerdanya, el estanque o lago de Puigcerdà (dependerá de con quién hables), con sus villas señoriales y sus álamos reflejados, ha recuperado con el despertar del 2026 la apariencia de *una postal detenida en el tiempo*.

Pero este espejo helado símbolo de los cambios sociales (del uso agrícola a la función turística y de ocio) que ha experimentado Puigcerdà durante los últimos siete siglos no es un accidente de la naturaleza sino una obra humana.



El lago de Puigcerdà helado, en febrero de 2023. Lugares de Aventura

Las referencias documentales más antiguas sitúan la existencia del estanque en la Baja Cerdanya en el siglo XIII y hay constancia escrita de su presencia en documentos de 1260 y hallazgos arqueológicos que apuntan a un aprovechamiento continuado desde entonces.

El lago fue, desde su origen, depósito y pieza de gestión hidráulica para regular y disponer de agua en una llanura de marcada estacionalidad.



El estanque de Puigcerdà, en una noche helada de este mes de enero. Lugares de Aventura

Esa condición técnica, la de estanque artificial, alimentado por un sistema de acequias que canalizan agua del río Querol, explica por qué el lago no siempre se comporta igual.

Su congelación depende de un cóctel de variables: temperaturas mínimas prolongadas, ausencia de corrientes fuertes en la lámina y una menor actividad biológica que permita el sellado del hielo.

Cuando esos factores coinciden, el paisaje se transforma y surgen las oportunidades -y los riesgos- de una práctica que la memoria local conserva con nostalgia y que ahora está prohibida: *patinar sobre el lago*.

Si el sol deja de incidir y el frío se queda encima del agua sin viento, el hielo aparece rápido y uniforme y puede llegar a hacerse lo bastante grueso como para caminar sobre él.

El uso recreativo del hielo no es un recurso reciente. En la segunda mitad del siglo XX el estanque llegó a acoger instalaciones efímeras, incluso una pista en su centro en los años cincuenta, y partidos y exhibiciones que alimentaron la tradición local del hockey y el patinaje artístico.

A lo largo de los siglos, además, el estanque ha sufrido vicisitudes técnicas y administrativas: limpiezas periódicas, vaciados para mantenimiento de muros y

embarcaderos, y remodelaciones que han condicionado su fisonomía —la isla artificial, por ejemplo, no aparece hasta finales del XIX y ha tenido distintos usos ligados al ocio y a la gestión de la fauna acuática—.

Esas intervenciones describen una relación práctica y cotidiana entre pueblo y agua que convive con la dimensión sentimental del lugar: primeros besos junto al embarcadero, meriendas de colegio, tardes de cisnes.

La mañana que cuento —esa microcrónica urbana— ofrece dos lecturas simultáneas. A ras de suelo están los gestos triviales: el crujir de la suela, el vapor de los alientos, las conversaciones que buscan refugio en una cafetería próxima. En altura está la escritura larga: el estanque como marcador social. La Cerdanya agrícola que necesitó un depósito-creación para organizar su riego ha ido transformando esa infraestructura en equipamiento urbano, en reclamo turístico y en lugar de paso para personas que ya no dependen del estanque para cultivar sino para pasear, hacer fotos o recordar viejas costumbres.

La escena, la del lago convertido en alfombra blanca y superficie sólida, ha vuelto a repetirse este mes de enero devolviendo al estanque una función simbólica, la de epicentro urbano de la pequeña capital pirenaica.